

GÓNGORA Y ARGOTE, LUIS DE (1561-1627)

DOCTOR CARLINO

PERSONAJES:

GERARDO
CARLINO, médico
TANCREDO
ENRICO
DON TRISTÁN
TISBERTO
CASILDA
LUCRECIA

ACTO PRIMERO

(Entran GERARDO y el DOCTOR CARLINO.)

DOCTOR

Gerardo, nuestros abuelos,
graduando sus espadas
en las leyes de sus duelos,
mancharon las estacadas
con la sangre de sus celos.
Ley tan bestialmente impresa
solamente hoy se profesa
entre galanes de vacas,
a cuyas armas no flacas
es palenque la dehesa;
y estos días para mí
tan discreto Marte está,
que manda se quede así
quien se convirtiere ya
por Venus en jabalí.
¿Sabéis lo que decir quiero?
Que será un puerco casero
quien por una mujer zaina
desnudare de su vaina
ningún colmillo de acero.

GERARDO

Desde una roca un doctor
muy bien por la paz aboga,
sin considerar mejor
que de la más grave toga
hace banderas Amor.
Y más si se dan las manos
Amor y Honra, tiranos
los más crueles del mundo;
más tirano este segundo
que los tres sicilianos.
Ambos con emulación,
porfiada si no igual,
hacen de un mortal arpón
y de un gusano inmortal
sujeto mi corazón.
Porque la honra, Carlino,
cual la conciencia imagino
que labra con su gusano;
sino que una roe a lo humano
y otra roe a lo divino.
Si a Tancredo cada día
el nido yo le fiaba
de la bella fénix mía,
del ídolo que adoraba,
de la alma con que vivía,
¿queréis que le haga el buz
porque el día de la Cruz
me arcabuceó este nido?
¿Si yo el papel he leído
con que atacó el arcabuz?
Y si vos sois buen testigo
que Enrico los aires bebe
ballesteando a su amigo
el armiño, cuya nieve
era el calor de su abrigo,
¿paréceos que será ésta
razón justa, causa honesta,
para besar yo la mano
de un amigo, de un hermano,
que está armando la ballesta?

DOCTOR

Gerardo, no te prometas
de amigos

(Aparte.)
(cual yo lo soy),
menos que estas dulces tretas,
y más de hermanos: que hoy
no hay hermandad sin saetas.
Amistades ya, ni espadas,
no las hay cual las pasadas;
y si las buscáis, yo fío
que no le halléis a un río
vueltas más disimuladas.
Un estoque es bien delgado
el amigo que hoy se usa,
de acero tan mal templado,
que aun en la vaina se excusa
de hallarse con vos al lado.
Y ojalá él hiciese ya
lo que el estoque hará
cuando la ocasión suceda:
que el estoque al fin se queda,
pero el amigo se va.

GERARDO
¿Luego solo queréis que ande?

DOCTOR
¿Con quién andaréis mejor?

GERARDO
Es melancolía muy grande.

DOCTOR
¿Y si os lo manda el amor?

GERARDO
Aunque el Amor me lo mande.

DOCTOR
Muchas tiene en la ciudad
cofradías la amistad.
Si los que ya veis quién son
están en la Enclavación,
entraos en la Soledad.

GERARDO
Sigo vuestro parecer;
y pues ya la razón hoy

tanto me ha dejado ver
que de luz cofrade soy,
de sangre ellos lo han de ser.

DOCTOR

Gente es bien disciplinada.

GERARDO

Doctor, no me digáis nada,
que acrecentáis mi mohína;
yo haré su disciplina
de los filos de esta espada.
Cinco años ha, y aún más,
que por esta mujer ardo,
sin templar mi ardor jamás.

DOCTOR

Si ha cinco años, Gerardo,
al quinto no matarás;
pues mandamiento es de Dios,
justo es le obedezcáis vos
sin amenazar castigos
a vuestros caros amigos,
que caros fueron los dos.

GERARDO

Bien dijo que tordo es
un doctorcillo hablador
cierto ingenio cordobés;
porque quien dijo doctor,
tordo dijo del revés.
Quien con amistad ingrata
las veras de burlas trata
y del peligro hace juego,
con leña corrige el fuego
y con aceite le mata.
¿Ves mi honra en opiniones
y la fe de esotra en dudas,
y a reducirme te pones
con ilaciones agudas
de sofísticas razones?

DOCTOR

Pues lo llevas de esa suerte,
mata a entrambos; pero advierte
que ha de ir contigo el doctor,

porque el médico mejor
un montante es de la muerte.
Murcia le da de su acero
la malla terciopelada
y, para el trance más fiero,
un boticario es su espada
y su puñal un barbero.
Sabe como una beata
de la facultad que trata,
pues que receptando vive,
y sin escrúpulo escribe
y con escrúpulos mata.

GERARDO

Bien está. Pero a fe mía
¿no será bien que esta daga,
convertida en pluma un día,
cualque rótulo le haga
al bote de la atutía?
De la tía repulgada,
que empanar hombres le agrada
con la sobrinilla loca,
prestando su infame toca
el repulgo a la empanada:
acertada cosa fuera.

DOCTOR

Qué peor pudiera ser?

GERARDO

Una puñalada fiera.

DOCTOR

¿Puñalada a una mujer?
¿Quién, Gerardo, se la diera?

GERARDO

Yo, que a estas viejas barbudas
en matallas pocas dudas
pusieran las manos mías.

DOCTOR

¿Quién te ha hecho Matatías,
cuando quiero que seas Judas?
No ya el Macabeo caudillo,
sino aquel siempre travieso

calabrés, poco sencillo,
que mató más con el beso
que el otro con el cuchillo.
De él has de ser hoy traslado,
bien y fielmente sacado;
tan fielmente, que del sino
del señor Doctor Carlino
has de andar autorizado.
A la disimulación
mi consejo hoy te condena.
Pide el ánimo al hurón,
la máscara a la sirena
y la cola al escorpión;
y sobre todo, el recato
pide al ladronesco trato:
que a un ladrón y a un ofendido,
cuando nube no el vestido,
fieltro ha de ser el zapato.
El triste, a quien le sucede
cosa tal, y tan pesada,
coserse la boca puede;
que darle lengua a una espada
a toda locura excede.
Calle el desdichado, y crea
que será cosa muy fea
publicar tan gran revés;
y ya que Cornelio es,
Cornelio Tácito sea.

GERARDO

¿Qué tenemos, pues, del raro
cuadro de nuestra Lucrecia?

DOCTOR

Que es casto menos que caro.

GERARDO

¿En cuánto la hechura precia
que en ningún precio reparo?

DOCTOR

Cien escudos de oro fino
te dejarán ser Tarquino;
y si esta noche quiés sello,
su lecho te espera bello
a pesar de Colatino,

a quien no faltando en nada,
yo, en palabras no sencillas,
le entretendré en mi posada
mientras su Babioca ensillas
y te ciñes la su espada.

GERARDO

Trazas tienes y modelos
para reparar mis celos,
tan excelentes que, en suma,
a un rasguño de tu pluma
son poco papel los cielos.
Sólo mi honor te replica
ser vergonzosa esa paga,
porque a fe que no me pica
tanto que la honrada lo haga,
como que pida la rica.

DOCTOR

En pedir tiene su proa
la mujer de mayor loa,
porque la más singular
es vecina de Tomar,
veinte leguas de Lisboa.
No permite su interés
que en su jardín nazca en vano
el Narciso de baldrés,
ni aun la palma de la mano
sin llevar fruto después.
Todas, por más que las doro
con católico decoro,
deseando ver están
el paganismo en Orán,
que diga la paga en oro.

GERARDO

Dices muy bien lo que pasa:
todas juegan a ese juego
en la calle y en su casa,
y sólo no envida luego
lo que de falso se pasa.
Dará cartas muchos días,
pero serán las de Urías,
y si os restáis a un abrazo,
dándoos ella con el mazo,
os dejará hecho Macías.

¿Cien escudos han de ser?
Cien años esté de un lado.

DOCTOR

Gerardo, quien a ofender
entra a un hombre tan honrado,
ciento y más ha menester.
Venganza es, y no apetito.

GERARDO

¿Quién a Casilda el maldito
papel escribió?

DOCTOR

Tancredo.

GERARDO

Pues a él en costas puedo
condenalle por lo escrito.
Si por mí el viaje acetas,
al marido le haré costas,
porque serán dulces tretas
que ella me tenga las postas
y él pague las agujetas.
Quiero, con ardid extraño,
que las cosas de este daño
él las pague, porque entiendo
se disimula un remiendo
mejor si es del mismo paño.

DOCTOR

¿Cómo ha de s

GERARDO

Bien está.

¿Qué tenemos de Leonora?

DOCTOR

Su nombre te lo dirá;
que era un león no ha una hora
y es una cordera ya.
Visítola de opilada,
y a su pulso tu embajada
con estos dedos le digo;
que aprovecha mucho al higo
una y otra pulgarada.

Fingí tu billete luego
y léiselo también,
instando mucho mi ruego
en que algún duro desdén
no fuese porte del pliego.
Representéle el afán
que tendrá, si a Don Tristán
se la concede su hermano,
que, aunque es galán no muy cano,
es más viejo que galán.

GERARDO

¿Qué hay pues de ese casamiento?

DOCTOR

Que no lo rehúsa Enrico.

GERARDO

¿Con un hombre de años ciento?

DOCTOR

Nunca tiene edad el rico.

GERARDO

Siempre es pobre el avariento.

DOCTOR

Verdad es, y bien verdad,
que con gran puntualidad
Enrico me ha cometido
que al señor barbiteñido
le verifique la edad.

GERARDO

¿Quién tendrá en los años cuenta
que sabe engañar la tinta?

DOCTOR

Muy poco importa que mienta
la brújula de la pinta
a los que han hecho setenta.

GERARDO

¿Qué respondió al fin Leonora?

DOCTOR

Que esta noche tendrás hora.

GERARDO

¿Y si yo hiciese ya
como introducirme allá,
gritaría la señora?

DOCTOR

¿Y el ídolo soberano,
de beldad imagen rara,
Casilda?

GERARDO

Doyle de mano.

DOCTOR

Soplado me has en la cara
en la mitad del verano.

GERARDO

Su nombre ya con su fama
escupo.

DOCTOR

¿No es ya tu dama
madona?

GERARDO

Leonora viva.

DOCTOR

Arrójome a tu saliva
como a los baños de Alhama.

GERARDO

¿Tanto de esta novedad,
Carlino amigo, te huelgas?

DOCTOR

Celébrala mi amistad,
porque tu memoria cuelgas
hoy a la inmortalidad.
Tras cinco años de martirio
y ceguedad, gran colirio
te ha traído Rafael;
y si te le trajo él,

su altar ilustrará un cirio.

GERARDO

Agradézcote esa cera,
ofrenda, al fin, de tu celo.

DOCTOR (Aparte.)

Cuando yo se la ofreciera,
Casilda, bien sabe el cielo
que a tu devoción ardiera.
Adoro tu sombra.

GERARDO

Baste

que mi hacienda se gaste
sin desperdiciar mis años.

DOCTOR

Llegado han ya tus engaños
a la tienda del contraste.

GERARDO

Si acaso noticia tienes,
mis prójimos en el Pardo
traen penachos tan solemnes,
como a tu amigo Gerardo
orlan sus benditas sienes.
Vive Dios, que no me visto
de las pieles en que he visto
gamuzarse otros galanes,
por no quedar con los canes
por lo cervantes malquisto.
Quince años ha que ando,
de lo que ahora me pesa,
harpías alimentando
que, sobre ensuciar mi mesa,
todas se han ido volando.

DOCTOR

¿Con quién batieron sus alas
esos pájaros, que igualas
a las aves de Fineo?

GERARDO

Por Dios, que aun éstas no creo
que fueron de uñas tan malas.
Una con un ginovés,

otra con un capitán
que pasó a Flandes después;
otra con un gavilán
capirote de baldrés.

DOCTOR

¿No añades a esas desgracias
los embustes y falacias?...

GERARDO

¿De quién?

DOCTOR

De aquella mozuela,
cuya casa era vihuela
de seis órdenes.

GERARDO

Deo gracias.
El fin ya de esa derrota
un matrimonio ha de ser.

DOCTOR

De cierto ladrón se nota
que se iba a retraer
debajo de la picota.

GERARDO

Quédese esto aquí, que voy.

DOCTOR

O yo Carlino no soy,
o a buscar vas a Tancredo.

GERARDO

Es verdad, porque si hoy puedo
me he de satisfacer hoy.
Vete con Casilda tú,
que te ha enviado a llamar.

DOCTOR

¿Hala asombrado algún bu?

GERARDO

Yo, entretanto, iré a buscar
cien vecinos del Perú.

DOCTOR

Como tú la boca le abras,
de los que trajo en las zabras,
mil te dará, yo lo fío.

GERARDO

Voyme, y si acá te le envío,
entreténmele en palabras.

DOCTOR

¿Tomará traídos balajes
esa garduña señora?

GERARDO

Tomara que estos ultrajes
no sepa Casilda.

DOCTOR (Aparte.)

«Ahora
lo veredes», dijo Agrajes.

GERARDO

Amigo, ¿qué dices?

DOCTOR

Digo
que no debe ser mi amigo
quien de mí eso se promete.

GERARDO

Quédate, y perdona.

DOCTOR

Vete,
que yo me quedo conmigo.

(Vase GERARDO.)

Profunda ciencia de valor divino,
de Apolo nieta y de Esculapio hija,
cuyas insignias son una sortija,
precioso engaste de un guijarro fino;
con tu licencia ya el Doctor Carlino
de tu amarilla borla se cobija,
falsamente arrollando en su valija

el mal iluminado pergamino:
despojos de un hermano, que en Valencia
murió en tus facultades graduado,
y mi necesidad los hizo herencia.
Si pequé en ello, muera el que ha pecado;
mas oye antes quién soy, sagrada ciencia,
porque muera a lo menos confesado.
Un pobre aragonés soy,
nacido en Calatayud
de humildes padres, mas limpios
como el rayo de la luz.
Fuime a Valencia muchacho,
adonde en mi juventud
fui demonio por Valencia,
encarnado y aun azul.
Aprendí allí lo que basta
para engañar al común
con dos o tres aforismos
del médico de Corfú.
Murió mi hermano, y dejóme
sus cartas en un baúl,
con que pienso marcar
todo el Norte y todo el Sur.
En sus grados y en su nombre
me embestí con promptitud,
y llegué a esta ciudad, donde
soy un Galeno andaluz.
Sangro al tiento y purgo al vuelo
sin tener método algún,
como pescador de caña
o tirador de arcabuz;
y tengo, gracias a Dios,
tanta dicha en dar salud,
que mis primeras visitas
son vísperas del capuz.
Con los de mi facultad
soy un mico de Tolú,
que con monerías granjeo
amistad y gratitud.
Portundo soy en el mar,
que haciendo a todos el buz,
buen viaje digo a todos
aunque encuentre con Dragut.
¿Yo sustentar opiniones
contra el Doctor Dingandux,
que no sustento una mula

por no dalle medio almud?
¿Yo conferencias en juntas,
que el horno son del Padul,
poca poya y muchas voces,
sombbrero y mientes tú?
Abrenuncio, Satanás;
a otra puerta, Bercebú:
que mi negocio es solapo,
lisonja y solicitud.
Curo las damas del pueblo
y trato la jumentud
de los galanes, y a todos
soy médico de orozuz:
dulce, pero chupativo,
que, pregonando virtud,
la voz tengo de Jacob
y las manos de Esaú.
Confieso de cuando en cuando
en el nombre de Jesús,
con que el más celoso fía
su encina de mi segur.
Los búcaros para mí
son las minas del Perú,
según tengo de opiladas
infinita multitud.
Visítolas; y a las bellas,
como si fueran laúd,
busco en los trastes del brazo
consonancias de salud.
Si las sangran del tobillo,
asisto con una luz
a ver trozos de marfil,
cual no los vio Calicut.
Miro manos, y sé de ellas
lo que sabe un avestruz,
a lo cual acuden todas
como moscas a alajud.
Hablo a Blancaflor en Flores,
a Lindaraxa en Gazul;
Blancaflor me da jamones,
Lindaraja alcuzcuzú.
Si Flores da el par de guantes
del mejor ámbar de Ormuz,
Gazul la cadena de oro,
señas de su esclavitud.
Ándome como la abeja

con prompta solicitud,
ya desflorando el romero,
ya sobre el almoradux.
Fullero, siempre doy cartas
a uno y otro tahúr;
a los pobres doy primera
y a los ricos les doy flux.
A Enrico traigo en zaranda
como grado de altramuz
y en la red anda Tancredo
coleando como atún.
Don Tristán barbas al olio,
hijo de Sarra, y Matús,
que fue paloma y ya es cuervo
mediante cierto betún,
por mis trazas pisa el viento;
Tisberto muere y, según
le tratan mis embelecocos,
ocupará el ataúd.
Por medio el alma a Gerardo
le envaino hasta la cruz
el mayor embuste mío,
espada de Sahagún.
De las lágrimas de todos
soy yo triste el arcaduz,
y estoy llorando más que ellos,
Amor, bien lo sabes tú.
Refiéreselo a la ciencia,
que es diosa de la salud,
mientras que yo voy a ver
la causa de mi inquietud.

(Entra CASILDA.)

CASILDA

¿Adónde bueno, Doctor?

DOCTOR

A veros, dulce Casilda.

CASILDA

Ya que la mentís, mentilda
con más dorado color.
Quien desde ayer por la tarde
se ha estado sin que me vea,
bien será que no le crea

y mejor que no le aguarde.
Y quien por toda esa calle
viene hablando entre sí,
no viene a buscarme a mí;
y así es bien que no me halle.

(Cúbrese el rostro.)

DOCTOR

Desvía la mano aleve,
no des a la nieve enojos;
que siendo soles tus ojos,
no es bien que les fíes la nieve.
Baste, lisonjera ya,
según mal me correspondes,
que no esté aquí lo que escondes,
sin que escondas lo que está.

CASILDA

¡Graciosa incredulidad!
¿Qué escondo yo, ni qué ausento?

DOCTOR

La memoria, el pensamiento,
el alma, la voluntad.
Porque aquí, Amor es testigo,
sólo asiste por mi mal
una funda de cristal
de esto invisible que digo.

CASILDA

No poco a fe me alborota
el sobresalto, Doctor,
que dé alfeliche a tu amor,
cuando entendí tenía gota.
Y es cosa bien importuna
que ahora me estés llamando
no a ver a tu amor volando,
sino a mecelle en la cuna.
Al cabo de tantos días
de satisfacción y fe,
me pides ahora que
arrulle tus niñerías.
Cuando he liado la ropa,
sin dejar clavo en pared,
para que hoy vuesa merced

sea el toro de esta Europa,
viene con impertinencias,
y yo necia que respondo,
con que ausento y con que escondo
tres docenas de potencias.
Váyase a carlinear
con aquella opiladica
que, porque blando le pica,
la quiere ahora acerar.

DOCTOR

Casilda, al diamante bello
el batillo y burilallo
no es para despedazallo,
sino para conocello.
Y así, señora, el hablarte
incrédulo de esta suerte
no ha sido por ofenderte,
sino por calificarte.
Y por vida de tus ojos,
que son de mis ojos vida,
que nuestra amistad despida
cualquiera ocasión de enojos.
Hablemos de lo que importa.

CASILDA

Anda Gerardo hecho un Marte.

DOCTOR

De un cuarto de hora a esta parte
menos ya su espada corta.
Los celos envainó ya
por flechar amores nuevos,
y yo le empollé los huevos
que ahora sacando está.

CASILDA

¿Por qué, di?

DOCTOR

Porque a un doctor
ocasiones peligrosas
fuerzan a usar de ventosas
para divertir a Amor.
Ya te dije en el estado
que le dejé con Lucrecia,

que si no es ahora necia
cien escudos ha tocado.
Y si él es discreto ahora,
afirmarte muy bien puedo
que se los pidió a Tancredo
para dar a la señora.

CASILDA

¿De suerte, amigo, que dices
que al Capricornio galán
sacándole ahora están
de su brazo las narices?

DOCTOR

Eso es mismísimamente.

CASILDA

¿A Tancredo?

DOCTOR

¿A su mercé?

CASILDA

¡Excelente cosa, a fe!

DOCTOR

Pero no muy excelente,
que al pagar darán cuidado;
que no es granjería muy rica
el crédito en la botica,
si es lo que tomáis fiado.
Dos veces el gusto estraga
sin ninguna bastar poma:
la una cuando se toma,
la otra cuando se paga,

CASILDA

¿Cento scuti?

DOCTOR

Di oro in oro.

CASILDA

Cancaro.

DOCTOR

Cazzo madona.

CASILDA

Galantísima persona
habrá andado con el toro.

DOCTOR

Parece que huelgas de ello.

CASILDA

Parece que no me pesa,
pues me obliga más apriesa
a sacudillo del cuello.

DOCTOR

Pues luego esta noche quiere
cerrar con otro bagaje.
Perdóneme el mal lenguaje
la madama por quien muere.

CASILDA

¿Es Leonora?

DOCTOR

La repropia.

CASILDA

No hay que pedille perdón,
que en ella es la discreción
blanco y rubio en Etiopía.

DOCTOR

No tienes razón, que es
discreta.

CASILDA

Como tu mula.

DOCTOR

Eso poco la atribula,
porque yo ando en mis pies.

CASILDA

Yo haré que mula te den.

DOCTOR

No será en este lugar,
aunque esto de muladar
en ningún lugar más bien.

CASILDA

Si eres mi esposo esta noche,
ver mañana determino
en mula al Doctor Carlino
y a doña Casilda en coche.

DOCTOR

¡Oh qué donaire! ¡Oh qué historia
para un doctor de estornudos!
que le pagan en menudos,
cuando no es en pepitoria.

CASILDA

No entiendo eso cómo es.

DOCTOR

Yo sí, y tú lo entenderás,
cuando me paguen los más
en beso manos y pies.
Que el pagar no es ordinario
en ochavos, pues se tiene
por fiesta harto solene
la que trae tal ochavario.
Y hay mayor mal, que un criado
le impone sisa mayor
a la paga de un doctor,
que a la carne y al pescado.
Como no hay otra moneda
si no es ésta de vellón,
paje o pájaro sisón
con buena parte se queda.
Y hay días, Casilda, hartos,
si la memoria recoges,
que todos son ya relojes
principalmente en dar cuartos.
Con estas ayudas que
Hipócrates nos dejó,
¿qué mula he de tener yo?

CASILDA

¿Qué mula? Yo lo diré:
una nueva pisadora,

y negra como una endrina,
que sólo será mohína
por la que te ha dado ahora.

DOCTOR

¿Pues no me ha de amohinar,
que me obligues a tener
lo que mañana has de ver
que no puedo sustentar?
Cuanto más, si he de decillo,
que cualquier Doctor Galeno,
y más si es ventidoseno,
una mula es su cuchillo.
Halló por su dicha el triste
visitas en su visita;
la ocasión le solicita,
su flaqueza no resiste.
Quédase el pobre aleando
en las varetas de liga
y, mientras en la vejiga
está la orina mirando
de las picantes señoras,
la mula con su percox,
hecha mano de reloj,
-señalando está las horas.
Y de la suerte que un ojo,
en la margen de una historia,
al más flaco de memoria
le está haciendo del ojo;
en la margen de la casa,
donde más se disimula
un doctor, tiene su mula
tres ojos para el que pasa.
Para el que yendo pían piano,
déle o no le dé molestia,
ha de conocer la bestia
del señor Doctor Fulano.
Eso no, amiga.

CASILDA

Eso sí,
amigo, así os guarde Dios:
mula ha de haber para vos,
como coche para mí.
Y si no coche, escudero
calviluciente y barbón,

no amovible, ni alquilón,
festivo, ni dominguero,
que cada sábado vea
la letra dominical,
sino un barbas de Nabal,
sea Carmelo, o lienzo sea.

DOCTOR
Doña Casilda.

CASILDA
Doctor.

DOCTOR
Aún no estamos desposados
para recibir criados.
Consideradlo mejor.

CASILDA
Antes que llegue a ser novia
escudero quiero cano,
que me reciba la mano
sobre paño de Segovia.
Porque hará buena acogida,
según tienen vecindad,
paño de aquella ciudad
a nieve de la Fuenfrida.

DOCTOR
¿Qué determinas al fin
echar de Ñuflo García
por medio de una crujía
que crujir haga el chapín?
¡Oh vanidad de mujer!

CASILDA
Maridico de futuro,
escudero quiero puro.

DOCTOR
¿Pues aguado puede ser
si no se busca despacio?

CASILDA
Ñuflos y reñuflos chero.

DOCTOR
¿Cuántos, niña?

CASILDA
Un escudero.

DOCTOR
Lo concedo.

CASILDA
Vi ringracio.
Nunca tratara mi hermana
con el figón que trató,
porque no aprendiera yo
cualque parola toscana.

DOCTOR
Todo se admite en palacio,
Casilda.

CASILDA
¿Luego decís?
que con buen gusto me oís?

DOCTOR
Volentieri.

CASILDA
Vi ringracio.
Sólo resta que me des
palabra.

DOCTOR
¿De qué, señora?

CASILDA
De comprar.

DOCTOR
¿Qué?

CASILDA
Una andadora
que te solivie los pies.
Una que, aunque con afán,
haciendo su freno pluma

y tinta fina su espuma,
escriba en cada zaguán:
«Aquí llegó a esta posada
un doctor, que traer pudiera
el olio en la faltriguera
y en la pretina la azada».

DOCTOR

¿Pullitas, Casilda, a mí?
No quiero mula que escriba.

CASILDA

Sí, Doctor, así vo viva,
o me desmayaré aquí.

DOCTOR

No haréis tal, por San Acacio;
que me iré antes.

CASILDA

Ya me fino.
Mula, Amor; mula, Carlino.

DOCTOR

La comprarò.

CASILDA

Vi ringracio.

(Entra TANCREDO.)

TANCREDO

Señores míos, ¿qué voces
son éstas? ¿Qué es lo que pasa?

DOCTOR

No ha entrado una mula en casa
y ya está tirando coces.

CASILDA

De melindroso el Doctor
se ha perdido y de gallardo,
-siendo como es de él Gerardo
tan amigo y tan señor.
Llegó ayer un forastero
vendiendo una mula negra

(que aun la relación alegre
y vale cualquier dinero),
concertóla en cien ducados,
que cien maravedís son;
pero en tan fuerte ocasión,
que me ha puesto a mí en cuidados.
Está el pobre sin un cuarto,
Gerardo sin un real.
Yo, aunque no tengo caudal,
el caudal que tengo parto.
Ofrézcole mis joyuelas
aun para más que empeñallas,
él no ha querido aceptallas;
melindre de cuatro suelas.
En esta medio batalla
estábamos no ha un momento.
Yo de corrida la cuento,
y él de empachado la calla.

TANCREDO

Doctor, si una empresa honrada
es para amigos de ley,
aquesta empresa, buen Rey,
para mí estaba guardada.
Cuanto más que entiendo yo,
y no lo dudo señora,
que para esta mula ahora
cien escudos me pidió
Gerardo; y fue gran ventura
el tenellos tan a punto.

CASILDA

Que fueron éstos barrunto
para otra cabalgadura.

TANCREDO

¿Compra algo?

CASILDA

No, sino paga
una yegua de un amigo.

TANCREDO

Holgaré, Dios es testigo,
que de ella se satisfaga.
¿Es buena, sí dicen?

CASILDA

Creo

que te ha de parecer bella,
porque tú has andado en ella.

TANCREDO

¿Es la yegua de Amadeo?

DOCTOR

Sea la yegua la que fuere;
de tu ánimo, Tancredo,
tan agradecido quedo
cual lo verá quien viviere.
Guarda, amigo, tu dinero,
si a mi gusto te regulas,
que cuando yo quiera mulas,
me las hará el zapatero.
Comprar mula mi pobreza
muy grande locura es;
bástame el corcho en los pies,
sin subirlo a la cabeza.

CASILDA

Oh qué humildades son esas,
Doctor, tan impertinentes;
muy grande flaqueza sientes
de la amistad que profesas.
Con los que podrán pensar
que sin duda debes ser
cobarde en agradecer
y olvidadizo en pagar.

DOCTOR

No soy, puédolo decir
a fe de doctor de bien,
sino el mismo empacho y quien
morirá por no pedir.

CASILDA

Deja que los pida yo
a quien los pagaré presto.

TANCREDO

Muy bien, Doctor, me está esto.

DOCTOR

Señor Tancredo, a mí no.
¿Pedir para mí y quedar
a la satisfacción de ello?
Tus labios, Casilda, sello
para no dejarte hablar.

TANCREDO

Ya es mucho melindre ése,
si yo con gusto dar quiero
a Casilda este dinero
y ella aceptallo, no os pese;
fuera de que para esto
Gerardo me envió acá,
y muy bien dispuesto está,
si ello así estaba dispuesto.

DOCTOR

Por la borla de mi grado,
que pensar tal no es razón,
o muera de torozón
la mula que aún no he comprado.
Para lo que acá te envía,
yo después te lo diré;
que cierta cosa es, a fe,
mucho más tuya que mía.

TANCREDO

Voy pues.

DOCTOR

¿Adónde?

TANCREDO

A mi casa
por los dineros.

DOCTOR

Detente,
que ir no es cosa conviniente
donde de celos se abrasa
tu mujer. Dale cuidados
Casilda, ¿y para el Doctor,
que solicita su amor,
vas a sacar cien ducados?
Sacarásla de jüicio.

CASILDA

¡Válgame Dios! ¿Y tan recia
es la señora Lucrecia?
Vestíos, Tancredo, un silicio.
Ocúpese la señora
en el bastidor que está,
sin que en más dibujos ya
se meta.

TANCREDO

¡Es gran bordadora!

DOCTOR

Dinerillos este día
el bastidor le ha valido.

TANCREDO

Nunca yo, Doctor, le pido
cuenta de su granjería.

CASILDA

Yo apostaré que a esta hora
se ha dado algún agujazo.

DOCTOR

Al menos sin embarazo
trabaja.

TANCREDO

¡Es gran bordadora!

DOCTOR

A fe que te quiere bien
quien de tu mujer te cela:
victorioso el favor vuela,
vencido huye el desdén.

CASILDA

A fe que ha sido el Doctor,
como docto y como diestro,
famoso abogado vuestro
en las audiencias de Amor.

TANCREDO

Humilde y agradecido,

cuando no fuera de seso,
a la una los pies beso
y al otro las manos pido,
para no tan sólo en ellas
ponelle los cien escudos,
sino pensamientos mudos
más que tiene el cielo estrellas.

DOCTOR

Dad, Casilda, a tal amante
señas de vuestra amistad.
¿Tenéisle amor?

CASILDA

Voluntad.

DOCTOR

¿Con firmeza?

CASILDA

De diamante.

DOCTOR

¿Qué ha de ser?

CASILDA

Favorecido.

DOCTOR

¿Cuándo?

CASILDA

Vos lo sabéis eso.

TANCREDO

A la una los pies beso
y al otro las manos pido:
pues en ellas veo que están,
según mi ventura quiso,
las llaves del Paraíso
de este venturoso Adán.

DOCTOR

¿No habla muy bien?

CASILDA

Dulcemente.

DOCTOR
¿Persuade?

CASILDA
Y aun obliga.

DOCTOR
¿Qué habéis de ser ya?

CASILDA
Su amiga.

DOCTOR
¿Inconstante?

CASILDA
Consistente.

DOCTOR
¿Qué merece?

CASILDA
Ser querido.

DOCTOR
¿Con demasiá?

CASILDA
Con exceso.

TANCREDO
A la una los pies beso
y al otro las manos pido.
Y sin más aguardar, voy
a traer este dinero.

DOCTOR
De tu casa no lo quiero.

TANCREDO
No será, a fe de quien soy.

CASILDA
Id por él, pues; y volved

advirtiéndome, amigo leal,
«non fagades ende al
so pena de mi merced».

(Vase TANCREDO.)

¿Qué tal ya la mula es,
Doctorísimo señor?

DOCTOR

Casildísima, mejor
que las que calzan mis pies;
pues que, sin andar, mejoro
mis pasos y decir puedo,
si presta en oro Tancredo,
que es la mula como un oro.

CASILDA

¡Qué socarrón tan cruel
has andado con este hombre!
Celebren de hoy más tu nombre
treinta palmas y un laurel.

DOCTOR

¡Oh qué atractivo diapalma
fuiste, amiga, para el mismo!
Bien te debe el chupatismo
cien laureles y una palma.

CASILDA

Mirad con que dos se toma,
y entre que dos piedras imanes
le suspenden sus afanes
al zancarrón de Mahoma.

DOCTOR

Muy bien has andado hoy:
desollarás mil Tancredos,
si tus ojos y mis dedos
hacen señas de rentoy.
No falten para el Medoro
que cité denantes yo.

CASILDA

Si es Enrico, ya pasó
con grande cadena de oro.

DOCTOR

Volverá a dejar Enrico
el cabestrillo dorado,
que al cuervo lisonjeado
queso se le cae del pico.

CASILDA

Bien fiarás de la zorra
que, por más que sea protervo,
no volará tanto el cuervo
cuando ella en su alcance corra.

DOCTOR

O pídele a la tortuga
te preste el paso en la arena
para alcanzar la cadena
y acelerar nuestra fuga.

CASILDA

¿Para cuándo la señalas?

DOCTOR

Para esta noche la guardo,
si encerrar puedo a Gerardo:
que es su prisión nuestras alas.

CASILDA

¿Dónde, amigo, y de qué modo?

DOCTOR

En casa de Enrico, señora.
No preguntes más ahora,
que después lo sabrás todo.
Y antes de nuestra partida
dejemos el finiquito
que los hebreos a Egipto
la noche de su huida.

CASILDA

¿Cómo?

DOCTOR

Pidiendo y llevando,
que mulas tengo alquiladas
de pensamientos herradas,

que nos sacarán volando.

CASILDA

Hágase de esa manera.
Hurtémonos a esa hora,
que quiero morir doctora
si he vivido bachillera.
Patria, adiós, posada mía,
nudoso balcón gallardo
que los celos de Gerardo
vistieron de celosía:
habiendo en casa postigo,
que se abre sin que se oya,
por do entró el caballo a Troya
preñado de quien no digo.
Paredes, que piedras nuevas
os dieron dulces canciones
de músicos Anfiones,
como a los muros de Tebas.
Calle, que centellas puras
despediste ya, sacadas
cuando no a golpes de espadas,
a fuerza de herraduras.
Casilda se va y os deja
por un matrimonio honrado:
escudero, don, estrado,
dueña en sala y mico en reja;
pero no temáis que impida
desvanecimiento nuevo
el sentimiento que os debo
por leyes de la Partida.

(Llora CASILDA.)

DOCTOR

¿Lloras, Casilda? Y yo lloro
por seguirte, pues me sigues.
Quiera Dios que no me obligues
a más por leyes de Toro.

(Hace que llora el DOCTOR y entra ENRICO.)

ENRICO

¿Qué desgracia ha sucedido,
que tantas lágrimas cuesta?

CASILDA

No es ya sino razón ésta:
regar lo que se ha barrido.

ENRICO

Grandes señas son de enojos
ver rompidas sin consuelo
las cataractas del cielo
que se abrevia en vuestros ojos.

DOCTOR

Del diluvio sólo sé
que aquel aposento esconde
las sierras de Armenia, donde
paró el arca de Noé.
Sus ruinas podréis verlas
sin las aves que batieron
y animales que movieron
plumas de oro y pies de perlas.

ENRICO

No entiendo.

DOCTOR

Lesbina ayer
una arca descerrajó
y a Casilda le llevó
hasta el menor alfiler.
Vienes muy en hora buena,
a tiempo que traes, Enrico,
si la oliva no en el pico,
el arco en esa cadena.

CASILDA

Miente el Doctor.

DOCTOR

Es verdad.

ENRICO

Sí, dulce señora mía,
de esta cadenilla fía
amor tu serenidad;
aunque cuatro caracoles
no vale, sírvete de ella:
que no es bien, Casilda bella,

que humedezcas más tus soles.

CASILDA

Aunque era criada nueva,
Lesbina, llorar me place
la soledad que me hace,
no las cosas que me lleva.
Y pues que no lloro aquí
sino la ausencia que digo,
la cadena os dejo, amigo,
porque no huyáis de mí.

DOCTOR

(En secreto.)

Necia sois mayor de marca
si tal hacéis; recibida,
que bien estará, Casilda
el arco dentro del arca.

(Vuélvese a ENRICO.)

También yo a Casilda cedo
en ocasión como ésta,
cien ducados, que me presta
para una mula Tancredo.
Y está ya la impertinencia
tan señora de vasallos,
que no ha querido aceptallos:
no sé qué sueña Su Encia.

ENRICO

Basta que el ofrecimiento,
amigo Doctor, sea mío,
para que vista un desvío
Casilda de cumplimiento.

CASILDA

Si basta un solo cabello
para atar mi voluntad,
sin que haya necesidad
de echarme cadena al cuello,
con razón, Enrico, poca
en prisión me ponéis dura:
que esclava soy bien segura
y amante no soy muy loca.

DOCTOR

¡Qué cosa tan porfiada!
Dadme la cadena a mí.

ENRICO ¡Doctor mío, veísla ahí.

(Toma el DOCTOR la cadena.)

DOCTOR

No hay cosa de oro pesada.
Si derribare la mano,
tanto más será suave,
que es bienquisto por lo grave
este metal indiano.
Toma.

(Dale la cadena a CASILDA.)

CASILDA

¿Qué?

DOCTOR

Desembaraza
la mano.

CASILDA

¡Oh, qué gran fatiga!

DOCTOR

Chitón, que ésta no es, amiga,
cadena, sino mordaza.

CASILDA

¡Tal violencia! Dios, Lesbina,
no perdone tu flaqueza,
que tu hurto fue pobreza
y su reparo es mohína.

DOCTOR

Por Dios, que haces agravio
a la voluntad de Enrico.
Tenle por mancebo rico
y por galán sin resabio.
No le conoces bien tú.

ENRICO

Ojalá cada eslabón

de oro tuviera un millón
y de hechura un Perú,
que aun no tuviera valor;
cuanto más una cadena
que sólo tendrá de buena
dalle tú su resplandor.

(Toma CASILDA la cadena.)

CASILDA

Ojalá Enrico gallardo
batiera el tiempo a compás
alas de mi amor no más,
y no celos de Gerardo,
para que en dulces empleos
vieran nuestros corazones
logradas las ocasiones,
satisfechos los deseos.
¿Soy ninfa silvestre, y vos
algún monstruo de la tierra
que con pies de cabra yerta
hecho de las selvas Dios,
para que yo fugitiva
por el monte y la campaña
mi cuerpo esconda una caña
y eterno mi desdén viva?
No sois sino quien recelo
por vuestra edad floreciente,
os desvanezca una fuente
o os arrebate algún vuelo.
Porque vuestras partes bellas,
si no mienten mis temores,
darán número a las flores
cuando no pisen estrellas.

DOCTOR (Aparte.)

Tomad, niñas, para hilo,
que se gasta el fabulaje,
Satanás corta el lenguaje
y Judas cose el estilo.
¿Tal sois, señora mujer?
Pues, aunque pavón no soy,
trescientos ojos desde hoy
en la cola he de tener.

ENRICO

Dame el cristal de tus manos,
sirena dulce y cruel,
para que, viéndome en él,
haga tus temores vanos.
Y mírame en paz, que a fe,
si me das este consuelo,
que los faroles del cielo
ponga debajo del pie.

DOCTOR

Tancredo viene, señores:
hipocresía, medida.

ENRICO

¡Oh qué corta es mi ventura!

DOCTOR

Ya llega a los corredores.

(Entra TANCREDO.)

TANCREDO

¿Enrico?

ENRICO

¿Tancredo?

TANCREDO

¿Acá?

ENRICO

Vengo a buscar al Doctor,
que no sé con qué dolor
mi hermana Leonora está.

CASILDA

Gran pena me ha dado Enrico
con el dolor de su hermana.

TANCREDO

¿La causa es grave?

ENRICO

Liviana.

DOCTOR

Y yo que lo certifico.

(Hablan a coros, en secreto, TANCREDO con el DOCTOR a una parte,
y a otra CASILDA con ENRICO.)

TANCREDO

Doctor.

DOCTOR

Amigo, hablad quedo.

CASILDA

Mi gusto, Enrique, os ordena
que del hurto y la cadena
no sepa nada Tancredo.

ENRICO

Casilda, harélo así.

CASILDA

Muy bien está. Basta que
la mula al Doctor le dé
sin que me dé nada a mí;
que en materias de interés
soy mariposa que vuela
a la luz de la candela
donde fenece después,
simplicísima.

DOCTOR

Eso no.

TANCREDO

Doblonos son en verdad.

DOCTOR

A Casilda se los dad,
pues Casilda los pidió.

CASILDA

Enrico, el Doctor ahora
dirá el modo que ha de haber
para volveros a ver
solo esta noche.

TANCREDO

Señora.

ENRICO
¡Oh gloria mía!

TANCREDO
El Doctor
os remite este dinero.

CASILDA
Hoy le hacéis caballero.

TANCREDO
Él me hará gran señor.

CASILDA
Llegaos acá.

(Truécanse y vuelven a hablar en secreto, a coros, CASILDA y TANCREDO a una parte,
y el DOCTOR y ENRICO a otra.)

ENRICO
En mi verdad
que se me había olvidado
lo que más me da cuidado.

DOCTOR
¿Qué es? Dilo.

ENRICO
Esta negra edad
de Don Tristán, que bien negra
la está haciendo la tinta,
pues cuanto más él se pinta
más se ensucia y nos alegra.

DOCTOR
Yo lo sabré en un momento
con una traza discreta.

ENRICO
¿Con qué?

DOCTOR
Con una receta,
potro al darle este tormento.

TANCREDO

¿Esta noche tal favor?

CASILDA

El Doctor os dirá cómo.

TANCREDO

Las manos, señora, os tomo
para besallas.

(Vuélvese CASILDA a hablar alto con el DOCTOR.)

CASILDA

Doctor,
mirad no venga Gerardo:
llevad estos caballeros.

DOCTOR

¿Volveré esta noche a veros
con lo que os he dicho?

CASILDA

Aguardo.

(Vase CASILDA.)

TANCREDO (Aparte.)

Connigo debe de ser.

ENRICO (Aparte.)

Yo apostaré que es connigo.

TANCREDO (En secreto.)

¿Hemos de volver, amigo?

ENRICO (En secreto.)

¿Amigo, hemos de volver?

DOCTOR

¿Vámonos, señores?

TANCREDO

Sí,

ENRICO

vamos.

DOCTOR (Aparte.)
¡Qué lindos camellos!
Han pensado que es a ellos,
y aguarda a mihi vel mi.

(Vanse.)

ACTO SEGUNDO

(Entran GERARDO y LUCRECIA.)

GERARDO
Lucrecia bella, el Príncipe Troyano,
que tan por su mal fue pastor Ideo,
cuando admitió a duelo soberano
tres derechos divinos y un deseo,
no vio distinto, no, en medio del llano
lo que yo junto en vuestro lecho veo:
beldad desnuda con saber armado
y valor de excelencias coronado;
y así en mi bolsa he dado
a Venus los estrechos dulces nudos,
a Juno el oro, a Palas los escudos.
Reales plumas (cuyo dulce vuelo
si de plumas no fue, fue de reales)
me levantaron hoy a vuestro cielo,
adonde el néctar se sirvió en cristales
y en los rubíes dos, que admira el suelo,
cuantos labran dulcísimos panales,
hechos abejas de Hibla, los amores:
que son miel y no dejan de ser flores.
¡Soberanos favores!
ser de Venus, si no Adonis segundo,
el primer Ganimedes en el mundo.
Lasciva envidia le consume el pecho
al decano inmortal del alto coro
que, por manchar un casto y otro lecho,
fingió ser cisne ya, mintió ser toro:
de que por más hermosa causa, hecho
luciente pluvia yo de granos de oro,
si engañar al cuidado no he sabido

de un padre rey, de un viejo prevenido,
al menos de un marido
frustrar sé los designios
(Aparte.)
(de quien hube
los granos de oro que llovió la nube).
No cuente piedra, no, este alegre día,
que a tanta dicha su blancura es poca;
cuéntenle perlas, que el Oriente fía
de la purpúrea concha de tu boca;
cristal le cuente, que la industria mía
en tu roca gozó, que ya no es roca,
sino cuerpo de espumas animado
que venera por madre el Dios vendado.
¡Dichoso el que a tu lado
no a lumbre muerta en noche gozó obscura,
sino con sol, el sol de tu hermosura!

LUCRECIA

Bien quedo lisonjeada
del servicio que te he hecho,
si tanto vas satisfecho
cuanto me dejas pagada;
y aunque te he servido en nada,
estimar puedes, Gerardo,
que del lecho que mal guardo
las primeras son tus huellas:
disculpen el yerro ellas,
pues son de pie tan gallardo.
Que aunque de estos yerros es
cualquiera disculpa mala,
o bien los lime la gala,
o los dore el interés,
pondérenmelos después
la que tragar brasas pudo,
o la que al puñal desnudo
dio el pecho, que admitirán
la lima de tal galán
y el oro de tanto escudo.

GERARDO

Esto, señora Lucrecia,
no es sino como se toma,
que de la que admiró Roma
hiciera donaire Grecia.
Necia fue Porcia, y más necia

la de tu nombre, y lo fundo
en que a Porcia echó del mundo
el no admitir segundo hombre,
y nada a la de tu nombre,
admitido ya el segundo.

LUCRECIA

Cuando no sea a la malicia
del vulgo, en todo ignorante,
la satisfacción bastante
de tu gracia y mi cudicia,
defenderá mi justicia
un Doctor que me ha inducido
a todo lo que has querido:
un Doctor tan bachiller,
que es salud de la mujer
y enfermedad del marido.

GERARDO

Que el vulgo se satisfaga
no lo solicito, amiga,
antes le dejo que diga,
como él me deje que haga.
Que es impertinente y vaga
la satisfacción del necio,
pues cuanto más la da recio
tanto más la hace pregón,
y así de satisfacción
la convierte en menosprecio.
Holguémonos, por tu vida,
sin dar a nadie respuesta,
que acusación manifiesta
es la excusa no pedida.

LUCRECIA

Mejor es que te despida,
porque no venga Tancredo.

GERARDO

No tengas, Lucrecia, miedo;
que yo sé que anda ocupado,
y estar sobre su cuidado
como sobre prendas puedo.

LUCRECIA

No es nuevo el entrar en casa,

en el lecho sí, Gerardo,
y así del lecho me guardo
no le diga lo que pasa.
Su cielo dará una voz,
que es cielo y sabrá tronar,
cuando no me sepan dar
sus sábanas una coz;
que de las sábanas pueden
las piernas, aunque de holanda,
darme una coz, y no blanda.

GERARDO

A toda razón exceden
tus temores.

LUCRECIA

Mil testigos
es la conciencia del reo,
y cuantos doy pasos, creo
que son lenguas de enemigos.

(Aparte.)

¿Tisberto amigo, soy yo
la que te desdeñó ya?
Sí, soy; y rendida está
quien tus señas arrastró.
No es Amor quien me ha rendido,
sino un vengativo afán
por quitalle a una el galán,
que me quitaba el marido.

(Llama TANCREDO adentro.)

TANCREDO

Lucrecia.

LUCRECIA

¡Ay, triste de mí!

GERARDO

Subid acá.

LUCRECIA

¿Qué haré?
que el chapín me niega el pie,
confesando la que fui.

(Entran TANCREDO y el DOCTOR.)

TANCREDO

El Doctor viene conmigo,
Lucrecia.

LUCRECIA

Acá está Gerardo.

GERARDO

Muy gran rato ha que os aguardo.

TANCREDO

Buen alcaide es un amigo.

DOCTOR

Y más tal amigo, a quien
le entregara yo el Peñón.

GERARDO

No se perdiera, patrón.

DOCTOR

¿Acabóse aquello?

GERARDO

Bien.

TANCREDO

¿Son menester otros mil?

GERARDO

Antes sobraron aquéllos.
Béseos las manos por ellos.

DOCTOR

¡Oh ceremonia gentil!

GERARDO

Pedíos el dinero yo
para lo que efecto no hubo,
y en lo que conmigo estuvo
riquísimo me dejó.
Volví a traellos volando,
y no hallándoos aquí,
a Lucrecia se los di,

con quien me he estado hablando.

LUCRECIA

¿Cómo? ¿Cuál? ¿Qué?

TANCREDO

Ten sosiego.

GERARDO

Los cien escudos os pido,
que traje a vuestro marido
y os los di a vos.

LUCRECIA

No los niego.

DOCTOR

Quisiéralos la señora
para oro y para plata.

TANCREDO

Este bastidor la mata,
Doctor.

DOCTOR

Es gran bordadora.

LUCRECIA

(Aparte.)

Quisiéralos, vive Dios,
para hacer de ellos dos pagas
a quien entrara dos dagas
por las almas de los dos.
¿Tal burla a Lucrecia?

TANCREDO

Amigo,
gran pagador sois.

GERARDO

Tancredo,
pagándoos, pagado quedo
de mis intentos; y digo
que, dándoos los cien ducados
en vuestra propia moneda,
aun escrúpulo me queda

de que os los vuelvo encornados.

TANCREDO

Con la brevedad sospecho
que me queréis engañar.

DOCTOR

Osaría yo apostar
que el engaño ya está hecho.

TANCREDO

¿Cómo?

DOCTOR

Como si esta tarde
te pidiese mil escudos,
el zurrón no tendría nudos
y del cofre harías alarde.

TANCREDO

¿Jesús, Doctor, quién lo duda?

GERARDO

Bien sabe la que está allí
lo que tú tienes en mí,
y lo calla, aunque no es muda.
Ella a lo menos dirá
que, en baja ocasión ni en alta,
no hace Tancredo falta
adonde Gerardo está.
Yo se lo estaba diciendo
cuando tú entrabas en casa.

DOCTOR

Bien sé de eso lo que pasa.

TANCREDO

Y yo, Gerardo, lo entiendo.

LUCRECIA (Aparte.)

¿Hay quien paciencia me preste,
para que en tantos enojos
no me saque a mí dos ojos
por sacalle un ojo a éste?

TANCREDO

¿Qué dices, Lucrecia?

LUCRECIA

Digo

que puedes fiar, señor,
la salud de este Doctor
y la honra de este amigo.

Cuando más suma tan breve
de dinero mal prestado
que, aunque a ti te lo ha pagado,
a mí todo me lo debe.

TANCREDO

¿Por qué?

LUCRECIA

Porque a negallo
estuve casi resuelta;
y si lo niego, otra vuelta
era forzoso el pagallo.

TANCREDO

Es verdad que algo alterada
te reconocí Lucrecia.

LUCRECIA

Alterada como necia,
y necia como burlada.

TANCREDO

¿Y qué burla fue?

LUCRECIA

Escuchad,
aunque mi honra me cuesta.

(En secreto el DOCTOR con GERARDO.)

DOCTOR

Mayor burla sería ésta
si dijese la verdad.
Barajadle el naipe vos,
o harélo yo.

GERARDO

Has de saber
que le acabo de hacer
un picón, y aun creo que dos.

TANCREDO
Veamos.

GERARDO
Yo me fingí
corredor de unos bordados,
para lo cual cien ducados
en tus doblones le di.

TANCREDO
Extremada.

GERARDO
Luego yo,
de la ganancia, es verdad
que le pedí la mitad,
y que la mitad me dio.

TANCREDO
¿Aceptaste?

GERARDO
Luego a la hora.
Tras esto, de corretaje
le pedí no sé qué gaje.

TANCREDO
¿Diolo?

GERARDO
Sí.

TANCREDO
Es gran bordadora.

DOCTOR
Baste ya, señores. Dalde
lugar.

TANCREDO
Ella está perdida.

LUCRECIA (Aparte.)

Es verdad que estoy corrida
como picada de balde.
Mas los huesos de los Laras
de moros los vea pisados,
si no hiciere cruzados
los doblones de sus caras.

(Entra TISBERTO.)

TISBERTO
¿Está acá el Doctor?

TANCREDO
¿Sobrino?

TISBERTO
Bésoos las manos, señor.
Vengo a buscar al Doctor.

DOCTOR
Aquí está el Doctor Carlino.

TISBERTO
Don Tristán te anda buscando.

LUCRECIA
¿Qué tiene mi tío?

TISBERTO
Nada.

DOCTOR
¿Dónde queda?

TISBERTO
En su posada.

DOCTOR
¿Solo?

TISBERTO
Con Enrico hablando.

DOCTOR

Luego iré.

(Vuélvese a TANCREDO y dice en secreto.)

Oídmeme, Tancredo,
aunque Lucrecia nos vea:
esta noche es bien que sea.

TANCREDO
¿Quieres matarme? Habla quedo.

(Hablan en secreto TANCREDO y el DOCTOR.)

GERARDO
Lucrecia bella.

LUCRECIA
Alevoso.

(Vuélvese a TISBERTO.)

Tisberto, llégate acá.
(Hablan en secreto.)

GERARDO
¿Así se desdeña ya
un amigo semi-esposo?
No quiero serte pesado.
Goce el pobre de Tisberto,
sobre tres años de muerto,
algo de resucitado.
Lo que ha padecido el pobre
resistiendo a tu desdén,
escollo al mar no tan bien,
ni al Austro se opuso robre.

TANCREDO
Buena es la traza.

DOCTOR
Excelente.

TANCREDO
¿Quién, pues, hará ese ademán?

DOCTOR

¿Quién? Tisberto y Don Tristán.

TANCREDO

A toda ley, un pariente:
Tisberto, sobrino mío,
por suya mi honra precia;
Don Tristán, tío de Lucrecia,
con más de padre que tío.

DOCTOR

Muy bien les puedes fiar
este negocio y tu casa.

TANCREDO

Bien entiendes lo que pasa
de Pamplona y Gibraltar,
y desde el cabo de Gata
al cabo de San Vicente,
más leal y más valiente
no sirve al Rey, ni armas trata,
que Tisberto.

DOCTOR

Escucha, pues.

(Vuelven a hablar en secreto TISBERTO y LUCRECIA.)

TISBERTO

¿Qué te movió el llanto mío?
A no estar allí mi tío
me derribara a tus pies.
¿Pero qué importa que esté?
Dame las manos, señora.

LUCRECIA

No es tiempo, Tisberto, ahora
de besar mano ni pie,
cuando ofrezco a tu esperanza
lo que ha tanto que te niego,
si de tu espada mi ruego
impetra cierta venganza.

TISBERTO

¿Quiés que le quite algún guante
al animal más feroz
el imperio de mi voz,

las armas de mi semblante?
¿Quiés con un solo bastón
que te hurte el brazo mío,
aunque en poder de mi tío
te corone un escuadrón?
¿Quiés que, después de hurtada,
asegure nuestro amor
la Troya de mi valor,
cuyos muros son mi espada?

LUCRECIA

No quiero, amigo gallardo,
tu voz, tu bastón, tu Troya,
sino que... (escucha, no me oya
este traidor de Gerardo).

(Vuelven a hablar en secreto.)

GERARDO

De estas dos balanzas vengo
a servir hoy de fiel,
y lo que yo tengo de él
lleve Judas, si algo tengo.
Lamedores del Doctor
regalado me han el pecho,
de manera que estoy hecho
un magistral lamedor.
Andaba yo antes muy necio
diciendo lo que sentía,
sintiendo lo que decía
y dándolo todo a un precio;
ofreciendo mi persona
con voluntad verdadera
a manquitos, que de cera
se ofrecían a Madona;
ya a lo moderno he de andar,
colear quiero y lamer:
al más lamido morder
y al mordido saludar.
A Lucrecia tengo en pan;
en pastel me falta ahora
de echar, si puedo, a Leonora,
que está para Don Tristán.
Picarésela a lo menos,
pues tiene dientes gastados.
Mas, necio, ¿diez mil ducados

con un ángel no son buenos?
Bonísimos; ¿pues qué aguardo?

LUCRECIA
¿Qué te rascas?

TISBERTO (Aparte.)
¡Cosa es recia,
hermosísima Lucrecia,
cruzar la cara a Gerardo!
¿A un amigo cuchillada?

LUCRECIA
¿Qué me respondes?

TISBERTO (Aparte.)
Que quiero
consultárselo primero
al licenciado almohada.
No porque sepas mi tío
quiere bien a esa mujer
has, Lucrecia, de querer
que mate un amigo mío.

LUCRECIA
¿Pues, señor don Manuel,
tal león tenéis delante
que, en vez de quitarle el guante,
dejáis que me dé con él?
¿Tan gran escuadrón de gente
es la espada de Gerardo,
que el bastón de Mandricardo
me desampara vilmente?
¿Y paladión tan fiero
vuestra Troya atemoriza,
que ha convertido en ceniza
los muros que eran de acero?

TISBERTO
Lucrecia, así Dios me guarde
que treinta paciencias pierdo,
de que, en naciendo uno cuerdo,
le bauticen por cobarde.

DOCTOR
Las cosas bien se harán

si no se altera el concierto;
lleva instruido a Tisberto,
que yo tendré a Don Tristán.

TANCREDO

Pues, Doctor, luego a la hora
seremos allá los dos.

DOCTOR

Señora Lucrecia, adiós.

GERARDO

Adiós Lucrecia, señora.

LUCRECIA

¿Disolviéronse los tratos?

TANCREDO

Entra acá, Tisberto amigo.

DOCTOR

«Quod scripsi scripsi», digo.

LUCRECIA

Palabritas de Pilatos.

(Éntranse TANCREDO, LUCRECIA y TISBERTO.)

DOCTOR

Buena dejás a Lucrecia.

GERARDO

Mejor queda su marido.

DOCTOR

Mi tonto esta tarde ha sido,
mientras ella fue tu necia.

GERARDO

¿Cómo?

DOCTOR

Después lo sabrás,
que ahora el tiempo nos falta
para la burla más alta
que se habrá hecho jamás.

GERARDO

Extremada fue la mía.

DOCTOR

Fuelo tanto, que por eso
he yo nuevamente impreso
la que encuadernar quería.
Deseo con tanto extremo
que te cases con Leonora,
que pienso luego a la hora
meter vela y calar remo.

GERARDO

Pues, si he de decir verdad,
yo más que tú lo deseo,
por hacer tan rico empleo
de virtud y de beldad.
Mas tan prendado está Enrico
con Don Tristán, que lo dejo.

DOCTOR

¿No ves que tiene de viejo
lo que le sobra de rico?
y más que sabe la dama
que se anda meando en pie,
si bien yo la he dicho que
tiene zalea en la cama.
Un poco al fin de la unción
y mucho de la avaricia
van templando la cudicia
y apagando la afición.
Cuanto y más que mi cuidado
aun no te dijo denantes
los fundamentos bastantes
que en este edificio he echado,
gastando con ella yo
mucho más material
que en el Alcázar Real
de Toledo se gastó.
Con que tengo las paredes
del edificio gallardo
en tal punto que, Gerardo,
esta noche cubrir puedes.

GERARDO

¡Oh leal siempre Doctor!

DOCTOR (Aparte.)
¡Tan leal como el del beso!

GERARDO
¿Qué traza, pues, das?

DOCTOR
A eso
voy, señor Gobernador.
A jugar os podéis ir
al mandracho de Marcelo,
hasta que el Argos del cielo
sus ojos comience a abrir.
Saldréis luego, y contra vos
un hombre meterá mano,
a quien le daréis de llano
un espaldarazo o dos;
no sean grandes, que al más chico
voces dará sin concierto:
«¡Qué me han muerto, que me han muerto!»,
y a las voces saldrá Enrico.
Fomente con eficacia
vuestra turbación mi enredo,
que él os ha de meter miedo
ponderando la desgracia.
Vos socarrón, él cumplido,
pensando que os hace engaño,
tanto apretará en su daño
que os daréis vos por vencido;
y en su posada ligero
entrará, que no debiera,
no un caballo de madera,
sino un garañón de acero.
Del brazo os ha de meter,
o yo me pelaré éstas,
donde las cosas dispuestas
halléis a vuestro placer.

GERARDO
¿Quién, amigo, no te abraza?

DOCTOR
Abrazos pienso huillos,
que ajan los abanillos

y no valen en la plaza.

GERARDO

Esta bolsa que, pendiente
como lámpara de plata,
sesenta doblones ata
(si no digo ciento y veinte
escudos, por alegrarte
con la multiplicación),
te ofrece mi devoción.

DOCTOR

Las manos he de besarte.

GERARDO

Éstos y más gané ayer,
y hoy con ellos he ganado
no menos que un nuevo estado:
que estado es tomar mujer.
Y más, Doctor, la gentil
hermosa dama que ofreces;
que es duquesa diez mil veces,
pues trae ducados diez mil.

DOCTOR

Al encuentro ya nos salen
Don Tristán y Enrico juntos.

GERARDO

Tomado hemos grandes puntos
contra los dos, si nos valen.

DOCTOR

Déjalos, y a mi posada
a Bertucho ve a mandar
que me traiga a este lugar
mi ferreruelo y mi espada.
Y vuelve luego al mandracho,
que se va poniendo el sol.

GERARDO

¿Ha de entender español
a estas horas el borracho?

(Vase GERARDO y salen DON TRISTÁN y ENRICO.)

D. TRISTÁN

Todo hoy te ando a buscar.

DOCTOR

Aunque lo hubiera sabido,
mis enfermos me han tenido,
que hay muchos en la ciudad.

D. TRISTÁN

¿Qué hay enfermedades?

DOCTOR

Muchas,
y aun casi epidemiales.

D. TRISTÁN

Renegaré de mis males.

ENRICO

Ya el Doctor pesca sus truchas.

D. TRISTÁN

Esperad, que luego salgo.

(Vase DON TRISTÁN.)

ENRICO

Seis veces en media hora
ha entrado.

DOCTOR

Para Leonora
es como un oro el hidalgo.

ENRICO

¿Tan enfermo y tan galán?

DOCTOR

Solicitud, pues, aprisa
un orinal con camisa,
que eso mismo es Don Tristán.
Pues, Enrico,...

ENRICO

Ten silencio.

DOCTOR

¿A un viejo que un muerto es
tan hermosa viva quiés
juntar! ¡Oh cruel Mecencio!

ENRICO

Haz diligencia en sus años.

DOCTOR

Descuídate, que mi pluma
hará muy presto la suma
de ellos o de sus engaños.

ENRICO

¿Es amigo de vivir?

DOCTOR

Tanto como yo tu amigo.
Escúchame lo que digo.

ENRICO

¿Quién te dejará de oír?

DOCTOR

Va, pues, de juego: ya sabes
en cuán estrecha prisión
vive Casilda, y que son
de su libertad las llaves
los celos y la persona
de Gerardo. ¡Amistad santa,
al que hoy los fueros quebranta
de tu santa ley, perdona!,
que lágrimas de una dama,
vertidas por un galán,
todo aquello borrarán
que escribiere quien me infama.

ENRICO

Pues qué, ¿llora por mí?

DOCTOR

Llora
ríos tan crecidos que,
perdido en sus ondas pie,
me han arrojado aquí ahora.
Presupuesto, pues, que quiere

lo que estáis vos deseando
y que ha remitido el cuando
a lo que yo dispusiere,
pues tanto importa ausentallo
por una noche o por dos
para que la gocéis vos;
vistos bien los autos, fallo
que esta noche será bien,
que al salir temprano o tarde
de jugar, alguien aguarde
a Gerardo (y daré quien
lo haga) y, a las primeras
cuchilladas, los pies vuelva
como corzo que en la selva
plumas se calza ligeras.

(Entra DON TRISTÁN.)

D. TRISTÁN
Perdonad mi dilación.

ENRICO
Perdonad nuestro recato.

DOCTOR
Quien nos deja cada rato
no busque conversación

D. TRISTÁN
Doctor, no me olvidés.
(Aparte.)
Reina
de los jazmines, Leonora,
más canas gozan la Aurora,
que las que Don Tristán peina:
y lisonjera y suave,
flores ciñe y perlas llueve
sobre los copos de nieve
que teñir tinta no sabe.

DOCTOR
Ofreceréme yo al punto
y, encareciendo el suceso,
al recluso haré preso
y aun al herido difunto.
Con lo cual, dos, tres y aun cuatro

días, si no son más ya,
de esta fábula podrá
ser tu aposento teatro.

D. TRISTÁN

Que teatro su aposento
será, a Carlino le oí;
y teatro para mí,
tálamo es de casamiento.
Será pues bien que mañana,
si la estangurria porfía,
me purgue, y luego otro día
no deje rastro de cana.
Quedaré sano y galán
con tinta y con medicina:
que una purga es la piscina
y la alheña es un Jordán.

ENRICO

Bien está, pero ¿no ves
que en casa de una doncella,
sin mujer mayor con ella,
es yerro y peligro es
entrar humana criatura?

DOCTOR

A ese escrúpulo perdona,
que do asiste tu persona
el peligro se asegura.
La prudencia es de tu hermana
oráculo en la ciudad,
y templo de honestidad
es su edad florida y cana.
Pues sus años, aunque verdes,
maduro ofrecen el seso;
no lo dejes, no, por eso,
que una grande ocasión pierdes.

D. TRISTÁN

Dios te dé salud, Doctor.
¡Qué bien que le has respondido!
Aunque oyo mal de este oído
y de este otro oyo peor.
Sin duda alguna quería
oponer Enrico ahora
a la poca de Leonora

la desigual edad mía;
pues el Doctor respondió,
haciendo gallardo oficio
(que en la prudencia y el juicio
más años tiene que yo),
que no dejase pasar
tan bien nacida ocasión,
porque yo no soy halcón
de los que se han de soltar.
Bien a fe se va poniendo.
Quiero entrar, pero no es bien
dar señas de viejo a quien
por mozo me estoy vendiendo.
A las calzas es mejor
atreverme, pues son mías,
que cuando un vecino a Olías
diere más, salvo mi honor.

DOCTOR

El término es corto, Enrico:
o acometello, o dejallo.

ENRICO

Obedeciéndote callo
y callando te replico.
Hágase, mas Don Tristán
cosa alguna entienda de ello.

DOCTOR

¿Pues para qué ha de sabello?

D. TRISTÁN

Efectuado lo han;
y sin duda que es conmigo
pues me nombraron a mí,
y siendo como es así,
mi buena suerte bendigo.

DOCTOR

Ve a prevenir tu aposento,
mientras yo de esta laguna
¡Meotis, sin sonda alguna,
su fondo y sus grados cuento.

D. TRISTÁN

Muy bien mis cosas entablo.

Vuele mi fortuna, vuele.

DOCTOR

Por nuestro Señor, que huele
a vísperas del diablo.

ENRICO

Pues a fe que huele mal.

DOCTOR

¡Que sin decir al que pasa:
«Agua va», las de esta casa
derramen un orinal!

ENRICO

Terrible cosa es, señor.
Yo me voy, a Dios quedad.

D. TRISTÁN

Bésoos las manos.

DOCTOR

Andad.

ENRICO

Lo dicho, dicho, Doctor.

(Vase ENRICO.)

D. TRISTÁN

¿Qué hay, pues, de nuevo mi Rey?

DOCTOR

Que vuesa merced se cure.

D. TRISTÁN

¿Acabóse?

DOCTOR

No me apure,
que soy amigo de ley.
Púrguese luego a la hora,
que importa.

D. TRISTÁN

Bástame eso.

Las manos, Doctor, os beso:
mía es la bella Leonora.

DOCTOR (Aparte.)
Convertido se ha per Deum
en gramático nefando,
pues le hallo declinando
siempre a: «Meus, mea, meum».

D. TRISTÁN
¿Cuándo esta purga cruel
se recetará?

DOCTOR
Al momento.

D. TRISTÁN
¿Hola, oís? De mi aposento
me bajad tinta y papel.

DOCTOR
¿Habéis tomado el jarabe
estos cuatro o cinco días?

D. TRISTÁN
Sábenlo las triplas mías,
y mi paciencia lo sabe.

DOCTOR
¿La orina?

D. TRISTÁN
No pidáis tal,
que es tarde y no la he tomado.

DOCTOR (Aparte.)
(Si ya no lo ha disculpado
ser de lienzo el orinal.)
Venga el pulso.

D. TRISTÁN
¿Ambos queréis?

DOCTOR
¿Qué sentís?

D. TRISTÁN

Nada.

DOCTOR

Prometo

que está muy flaco el sujeto.

¿Qué edad, amigo, tenéis?

D. TRISTÁN

¿Pues manda la medicina

que se informen de la edad?

DOCTOR

Sí, y vuestra debilidad

favorece esta doctrina.

Galeno que enseñó ya

a todos el A B C

de nuestro arte, y más a mí,

que soy en nuestra edad yo

de los médicos el Bu,

en un consejo que da

de febribus sine spe,

en griego nos dice así:

«Agiós oheph, nepható

apoton chirios i mu»,

que porque se entienda acá

en romance lo diré:

«Médico, si estás en ti,

no purgues a nadie, no,

sin que sepas su edad tú»,

porque con la edad está

tan flaco el sujeto, que

Avicena a un alfaquí

con dos dracmas le mató

de sen en alcuzcuzú;

y así, como tanto va,

si no me traéis la fe

de vuestro bautismo aquí,

en vano drogas nos dio

Ceilán, Malaca y Pegú.

Porque muy bueno será

que maté a vuesa mercé,

y que digan por ahí

que un doctor le recetó

canina de Bercebú.

De mí tal no se dirá

si vuestros años no sé,
aunque me pongan allí
cuantas barras envió
en sus flotas el Perú.

D. TRISTÁN

¿Que en griego está escrito eso?

DOCTOR

¿Cómo escrito? En letras de oro;
a no sabello de coro,
os lo trujera aquí impreso.

D. TRISTÁN

¡Válgame Dios!

DOCTOR

¡Lindo sois!
Pues escuchadme, os lo ruego,
como a Hipócrates en griego,
en arábigo a Averrois:
«Guahalet...»

D. TRISTÁN

¿Algarabía
sabéis?

DOCTOR

Muy bien.

D. TRISTÁN

San Germán
la puerta os abra de Orán,
postigo de Berbería.
No más textos.

DOCTOR

Pues, señor,
la edad venga.

D. TRISTÁN

¿La edad mía?

DOCTOR

Voyme.

D. TRISTÁN

Deteneos, que el día
hace de San Salvador.
Treinta, cuarenta...

DOCTOR

¡Oh que extraños
alambiques!

D. TRISTÁN

Y aun sudores.

DOCTOR

¿Hay partos con más dolores?
Alúmbreos Dios.

D. TRISTÁN

Cincuenta años.

DOCTOR

Crecidito es el infante.
Vuélvase la pluma atrás,
que la vida iba no más,
si diera un paso adelante.
Gracias hoy vuestra salud
a su ángel dé custodio,
de que no fue el polipodio
vísperas del ataúd;
pues de tanta edad ajeno,
si calláis, el papel tomo
y caer me dejo a plomo
con tres onzas de veneno.

D. TRISTÁN

¿Es posible, Doctor?

DOCTOR

Sí,
que a cada edad hay su droga,
y para vos fuera sogá
lo que es toca para mí.

D. TRISTÁN

Pues cincuenta y cinco son,
Doctor, mis años.

DOCTOR

Buen punto
para dejaros difunto
con el diacatolicón.

D. TRISTÁN

Buena burla fuera esa.

DOCTOR

No fuera menor; y en suma
si no queréis sea mi pluma
la azada de vuestra huesa,
no me tengáis más en calma,
que del cuerpo es quien os cura
tan confesor, como el cura
es el médico del alma.
Verdad es que va la vida.

D. TRISTÁN

¡Oh qué angustias! ¡Oh qué afrenta!
Salen...

DOCTOR

¿Qué decís?

D. TRISTÁN

Sesenta
ensucia la mal teñida.

DOCTOR

Si son canas, tinta poca
las desmentirá más bien,
mas si son años, el sen
tormento os dará de toca.

D. TRISTÁN

¿Cómo así?

DOCTOR

Como hará,
si tenéis sesenta y cinco,
deis al purgatorio un brinco,
si no le dais más allá.
(Aparte.)
(Buen brazo ha sido mi ingenio).
¿Escribo?

D. TRISTÁN

¿Qué prisa es ésta?
Aun más por saber nos resta.

DOCTOR

¿Es, por dicha, otro quinquenio?

D. TRISTÁN

No, sino, por mi desdicha,
otros dos.

DOCTOR

Gracioso aliño
será daros como a niño
un poco de maná en chicha.
¿Setenta, y pasáis?

D. TRISTÁN

Callad.

DOCTOR

¿A quién pensabais coger
con el falso?

D. TRISTÁN

A una mujer.

DOCTOR

¿Falsos a la falsedad?
Y a quien, os prometo a Dios,
que en siendo algo noche oscura,
si le entra cierta figura,
se piensa restar con vos.

D. TRISTÁN

¿Cómo, Doctor? ¿Mi Leonora
figuras espera?

DOCTOR

Sí,
y una le ha de entrar por mí.

D. TRISTÁN

¿Por vos?

DOCTOR
Dentro de una hora.

FIN